

LA ESTRUCTURA FAMILIAR Y EL ESPACIO INHÓSPITO EN LAS NOVELAS TEMPRANAS DE FABIÁN DOBLES: *ÉSE QUE LLAMAN PUEBLO Y EL SITIO DE LAS ABRAS*

Jorge Chen Sham

RESUMEN

La crítica a la evolución de la familia moderna en las sociedades capitalistas nos ubica en el terreno de un análisis distinto de las relaciones posibles entre familia y espacio social. Estas relaciones deben verse dentro de una crisis del territorio y de una lucha por la tierra, cuando los campesinos dejan de ser propietarios y se hacen peones. La desintegración de las estructuras familiares y la introducción de un espacio inhóspito marca en las novelas tempranas de Fabián Dobles, *Ése que llaman pueblo* (1942) y *El sitio de las abras* (1950), la introducción de una problemática agrarias.

Palabras clave: Fabián Dobles, novela costarricense, Generación del 40, estructura familiar, *Ése que llaman pueblo* y *El sitio de las abras*.

ABSTRACT

Criticism on the evolution of modern family in capitalist societies places us in a terrain of a distinctive analysis about the possible relations between family and social space. These relations must be seen within a territorial crisis and a fight for the land, when farmers and peasants stop being landowners to become land employees. The disintegration of family structures and the introduction of a hostile space mark the early novels by Fabián Dobles, *Ése que llaman pueblo* (1942) and *El sitio de las abras* (1950), the introduction of the agrarian problem.

Key Words: Fabián Dobles, Costa Rica novel, Generation of the 40's, familial structure, *Ése que llaman pueblo*, *El sitio de las abras*.

El estudio de la estructura de la familia como hecho social constituye un factor que, desde un punto de vista macro, debe estudiarse en su “dialéctica con las formas de propiedad privada de los medios de producción” (Barjau 1980: 9); la evolución de la familia, hacia relaciones monogámicas y una estructura nuclear más restringida dentro de lo que denominamos

“la familia conyugal-moderna”, es el resultado del proceso socio-histórico de la reducción de la parentela por razones propias del pensamiento burgués y del liberalismo económico del capitalismo. De esta manera, del feudalismo al capitalismo, encontramos las bases para comprender ese desarrollo tendencial de la familia extensa hacia la familia nuclear. Partiendo de

* Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, Universidad de Costa Rica.
Recepción: 15/8/07 - Aceptación: 28/8/07

Max Weber, Luis Barjau explica en una doble causalidad la disgregación de las formas arcaicas de la familia, tales como el clan o la familia patriarcal:

- 1) Internamente las comunidades familiares necesitan de una especialización que potencialice sus capacidades y necesidades, lo cual redundaría en un crecimiento económico; por ello, “[e]n esta situación los valores de la vieja comunidad conforman un obstáculo que el individuo pugna por superar impelido por el deseo de gozar del fruto de sus capacidades personales” (Barjau 1980: 10).
- 2) Externamente factores sociales, tales como el desarrollo de las estructuras socio-económicas, favorecen o restringen el intercambio/la competencia que una comunidad pueda ejercer, pueden ser hostiles o favorables a los intereses de una determinada célula familiar, por lo que el individuo cuenta con el apoyo de su grupo o lo puede perder en detrimento de alguno de sus miembros; la necesidad de separarse de su grupo familiar obedece a razones socio-económicas del medio y tiende a la separación entre casa y profesión, con el fin de especializar más el trabajo dentro del capitalismo o a la búsqueda de nuevas oportunidades/ necesidades del mercado laboral.

Vistas así las cosas, son razones de orden socio-económico las que conducirían hacia la especialización y la restricción de la estructura familiar moderna, determinada por la oferta de trabajo y el acceso a la propiedad privada. Los principios de la familia nuclear obedecen a la estructura general de economía social, en la que se encuentra funcionando como trasunto de unas relaciones especializadas, compartimentalizadas e individualizadas. Tal crítica a la evolución de la familia moderna en las sociedades capitalistas nos ubica en el terreno de un análisis distinto de las relaciones posibles entre familia y espacio social, lo cual deseo ensayar en las novelas tempranas de Fabián Dobles, *Ése que llaman pueblo* (1942) y *El sitio de las abras* (1950). Para el caso

de la formación social costarricense, la narrativa de lo que denominamos en la historiografía literaria como Generación del 40, nos ubicaría en el tránsito esencial para comprender una manera de entender el ligamen del ser humano a la tierra y a valorar los afectos y las filiaciones que el espacio así concebido desatan y expresan los individuos,

Catalogadas por la crítica como novelas del agro, antes de que Costa Rica ingresara en el ciclo de la modernización económica de la segunda mitad del siglo XX, las novelas tempranas de Fabián Dobles nos permiten analizar la crisis de la familia patriarcal ante las demandas socio-económicas a las que la obliga el medio. La clave radica en la toma de posición que se produce en estas novelas acerca de la atomización de la familia y su desintegración. Por ejemplo, la Primera Parte de *Ése que llaman pueblo* nos pone en el centro de un posible idilio amoroso, que no concreta por razones de índole socio-económico, Rosalía y Juan Manuel están en pleno cortejo. A raíz de la muerte de su padre, el joven Juan Manuel se ha convertido en el principal proveedor de su familia, de manera que contrariado por su situación económica y familiar, ve forzado a emigrar a “la zona del banano” (1993^a: 277), ya que el terreno que posee es “un barbecho inservible, rico en pedregales y “unegato” y esmirriado de tierra negra” (1993^a: 276). Contigüidad obliga, desde un punto de vista ideológico se establece una equiparación entre la desintegración familiar y las necesidades económicas que obligan a Lico (ése el hipocorístico que utiliza la instancia narrativa para referirse a él), a separarse momentáneamente tanto de su familia como de su novia Rosalía con la que pretende casarse en tiempos mejores, y a buscar trabajo en la zona sur del país. Después de unos meses de arduo trabajo en el que contrae hasta el paludismo, Juan Manuel regresa a su casa para darse cuenta de que su amada lo ha abandonado por otro, lo cual despierta su ira y enconado despecho.

La Segunda Parte, la más extensa de la novela, nos ubica en el tópico del viaje a la urbe por parte de un peón de una finca de café, Reyes Otárola. La instancia narrativa nos informa de que ha enviudado y que la ausencia de Adelina Fuentes, su mujer, pesa hondamente sobre el

ambiente nocturno de su casa, en donde “el más pequeño de aquéllos desbarata el silencio con su lloriqueo” (1993^a: 286), mientras que cada miembro de familia encuentra la mejor manera para ahogar sus penas ante la pérdida de la madre y de la esposa. Reyes Otárola trae una madrastra para que atienda su casa; pero cuando se entera de que ella maltrata a sus hijos, la golpea y la echa inmediatamente. Esa misma noche a la hora de dormir, reflexiona; los sentimientos de impotencia se confunden con la decepción del desengaño para confrontar la cruda realidad de su existencia: “Otra vez los chiquillos hubieron de quedar solos para que él les pudiera traer con qué llenarles el hambre” (1993^a: 288).

Como válvula de escape ante sus problemas, Reyes decide ir a la capital para distraerse, cuando por causalidad conoce a Juan Manuel un 30 de diciembre y deciden tomarse un trago primeramente y luego continuar su conversación en un ambiente más íntimo y propicio para sendas confesiones de almas gemelas que tienen, como indica el narrador “desgonzado el ánimo”, ni tampoco “el espíritu alegre” (1993^a: 290). Juan Manuel es el primero en abrir su corazón con unas palabras que dejan traslucir su desengaño amoroso¹ y, al narrarnos las dificultades de la vida diaria de los peones en Parrita, nos hace el retrato singular de Mercedes, “la cocinera que da de comer en Parrita” (1993^a: 295), viuda con cinco hijos, que antes vivía en Alajuela en donde recibía comensales y sus hijos estudiaban. La estabilidad de la familia se trunca con la muerte del padre; así nos lo hace ver Juan Manuel con esta frase lapidaria: “Pero se murió el padre” (1993^a: 296). La conjunción adversativa sirve para expresar el obstáculo mayor que, en la narrativa de Fabián Dobles, se produce en la estructura de la familia nuclear; la ausencia del padre desemboca en una serie de disfuncionalidades que las necesidades de trabajo y de sustento económico hacen más palpables, pues Mercedes debe emigrar primero a Parrita. La lucha por la supervivencia cotidiana se deja contaminar tanto de un lenguaje naturalista que enfatiza el determinismo social a través de un lenguaje médico, como de una interpretación agónica del trabajo como esfuerzo titánico del cuerpo:

A los meses, al sudor de las frentes, al cansancio de los brazos, al dolor de los oídos que tienen que oírlo todo, se unieron al escalofrío y la calentura: el paludismo era ya el sexto hijo de la viuda Retana. Se fueron haciendo los rostros de color amarillo; y llegó el temblor a los cuerpecillos endebles, y la angustia a corroer la fatiga de la madre. Y eso no hubiera sido nada, ni el incendio de la casucha tampoco. (1993^a: 296)

A la luz de lo anterior y de los comentarios que realizan también Juan Manuel sobre su estancia en Parrita o el narrador sobre la dura jornada de Reyes Otárola, queda claro que el trabajo ya no es esa actividad que ennoblece al hombre, tal y como aparece en el discurso fundacional del Himno Nacional (Amoretti 1987: 19-35) ni tampoco se trata de la noción arquetípica del trabajo como prueba de la existencia (Egido 2004: 20), sublimado por el discurso ascético-cristiano cuando se compara al trabajo con el sufrimiento de Cristo (Egido 2004: 31). Eso sí las fatigas del trabajo hacen pensar en nuestra tradición cultural picaresca en la que se relaciona con “las fortunas y adversidades” (Egido 2004: 34), sufridas por el protagonista en un espacio adverso. Por lo tanto, en *Ése que llaman pueblo* no se sublima la tierra en tanto espacio natural, porque como vemos en la cita, el discurso de la Barbarie hace su aparición para contrarrestar toda posible lectura eufórica del espacio. Como se trata de un lugar malsano para la vida, la etiología de la enfermedad de la malaria sirve para establecer el vínculo “de las interrelaciones entre los fenómenos de la vida y el ambiente físico” (Capel 1995: 86). En rigor, para el pensamiento ilustrado de las ciencias naturales, la naturaleza se ordena en una jerarquía y en una complementariedad entre los seres vivos y su relación con el habitat, el alimento y el sistema de organización. Sin embargo, desde el conde de Buffon, Geroges Louis Leclerc en su *Histoire Naturelle* (1749-1789) pasando por su discípulo, el holandés Cornelius de Pawn en sus *Recherches philosophiques sur les Américains* (1768-1770), las diferencias entre individuos se justifican en el medio físico que los moldea; pero estos naturalistas no veían el espacio americano dentro de un sistema armónica y reglado; todo lo contrario, piensan que estos territorios son degenerados, malsanos e incapaces de producir una vida sana,

mucho menos razas vigorosas.² El discurso sobre la Barbarie se apoya sobre este aserto y, en la narrativa de Fabián Dobles, encontramos a peones y campesinos luchar arduamente contra este medio físico que los agobia e intenta aniquilarlos; sin embargo los caracteriza como seres humanos que se resisten pero que no pueden hacer nada ante la inclemencia de los desastres naturales o los provocados por la fatalidad (en este caso, el incendio; o en los otros, la muerte de la cabeza de la familia o de la esposa). Juan Manuel termina la historia de la viuda contando, como si fuera poco en este proceso de degradación, la violación de Natalia a manos de unos desarmados y su posterior vida de prostitución, así como la separación de la madre y sus hijos enfermos en el hospital de la capital.

Ahora bien, ¿por qué razón *Ése que llaman pueblo* presenta estructuras de familia nuclear rotas por la fatalidad? Hasta aquí podríamos pensar que la desestabilización o degradación de la familia sea, de alguna manera, un recurso para subrayar la lucha tesonera de los seres humanos en situaciones límites; tal idea podría ser una continuación del postulado romántico de ese conflicto sin cuartel entre ser humano y la naturaleza. Sin embargo, la novela nos pone otro caso de desintegración familiar, cuando un gendarme que se encuentra en el hotel les pregunta a Juan Manuel y a Reyes por el paredero de su mujer, Rosa Quesada, quien huyó a Palmar de Osa con su amante y sus hijos. Entonces, ¿a qué se debe la inestabilidad en los núcleos familiares; la continuación de la novela nos proporciona una respuesta, cuando Juan Manuel sigue su confesión y se retrotrae a su juventud y a su primera relación con una muchacha cuyo nombre no menciona. Extraña relación, Juan Manuel no sabe cómo interpretar el comportamiento de su compañera después del nacimiento del hijo; todos los elementos apuntan a que la muchacha padece lo que hoy denominaríamos el síndrome postparto. Para Juan Manuel su mujer está fuera de sí y la incomunicación se apodera de su relación conyugal; alcohol y riñas son el clásico elemento que no pueden faltar hasta que el hombre abandona el hogar para buscar vida por Turrialba y la zona norte del país y, de este modo, seguir sus instintos naturales.

Esta historia sirve de preámbulo para que Reyes Otárola cuente el trágico relato de su padre, Jesús Miranda, quien se venga de la muerte de su progenitor a manos del comandante de Heredia, tendiéndole una emboscada para matarlo. A raíz de este suceso, huye hacia la región de San Carlos; la novela describe a cabalidad cómo Jesús Miranda se interna en las montañas para pasar por esa frontera entre el Valle Central y las llanuras del Norte. La instancia narrativa nos describe ese tránsito de la siguiente manera:

Aquel pueblecito de Zarcero quedaba plantado allí, como una muralla. Detrás de él estaban los hombres; los que acariciaban la tierra con romperla para vivir, y los que no hacían nada y vivían también. Se veía la montaña partida por doquier del sembradío y del camino, y el sembradío rodeando la pequeña ciudad y el poblado mesetero. Pero el hombre era el amo. En adelante, dormía, palpitando, la montaña; y el riachuelo y el río serpenteaban libres por entre la maraña y el junco. [...] Pero allí comenzaba el poderío de la selva. Allí vivían la naturaleza, el animal sin leyes y la serpiente que nunca ha sentido el salobre humano. La vegetación era la orden; el esfuerzo y la voz del hombre, siervos aislados, aturcidos, aplastados. Ahora era libre Jesús Miranda. (1993^a: 310-11)

Cita extremadamente larga pero necesaria para marcar ese pasaje en la novela de la civilización a la barbarie. Releyendo el tópicus de la selva como espacio de libertad desde el momento en el que personaje huye por motivos legales, *Ése que llaman pueblo* entronca con la tradición novelística inaugurada por *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera,³ en la que el personaje se interna en un espacio ignoto y desconocido como son, en Dobles, las llanuras de San Carlos. En la cita del novelista costarricense, el Valle Central aparece como territorio ordenado y puesto al servicio del ser humano, pues éste lo ha moldeado según sus intereses/ necesidades socio-económicas. Al contrario, la “selva” se presenta como el espacio fuera de la ley y, por lo tanto, de la naturaleza que se manifiesta con todos sus accidentes orográficos y con toda su exhuberancia, mientras que el ser humano aparece subordinado a su arbitrio y a su poder encantador. No es casual que la naturaleza se compare con el movimiento de la serpiente y que sea éste el animal que más se privilegie en la descripción, pues en la novela el poder de

seducción de la selva, “cuyo aliento maléfico se desborda afectando a los habitantes y sus costumbres” (De León 1971: 129), los transforma en una suerte de poder desequilibrador y aturridor. El cambio lo consigna de esta manera la instancia narrativa en Jesús Miranda:

Dos años después, la selva había entrado hasta los tuétanos en el alma de aquel hombre. No era ya el muchacho que vivió en Heredia. Se había vuelto atrevido como un bejuco trepador de árboles gigantes, resistente como los troncos más gruesos de la montaña, rápido como el agua del río, y ágil como el leoncillo joven. (1993^a: 313)

A diferencia de Arturo Cova en *La vorágine*, Jesús Miranda se adapta al medio hasta el punto de que se produce un mimetismo particularizante, en el sentido que va asumiendo las características de la naturaleza y se presenta como fuerte, indomable y vigoroso. Desde esta perspectiva, el texto lo presenta como un robinson moderno por cuyas entrañas la civilización empieza a desaparecer para que la barbarie de la selva, la naturaleza, venga a instalarse: “Era la caricia del río que le lavaba el recuerdo de los hombres y le enseñaba a besar los juncos, arrastrar las piedras, y saborear las escamas de los peces” (1993^a: 313). He ahí el secreto que el poeta Arturo Cova nunca encontró; ser uno con la naturaleza para empoderarse de su fuerza y de su esencia natural: “[A Jesús] Se le fueron olvidando las palabras y selvaticando sus pensamientos, en una inundación lenta y progresiva que lo absorbió finalmente” (1993^a: 313-4). Sin embargo, Jeremías Leiva, quien actúa en la novela como su mentor y confidente, lo persuade a que busque mujer y se traiga a su novia Clara Rosa, con la que funda una familia.

Una elipsis temporal de quince años nos trae ahora al tiempo en el que Jesús Miranda reina como señor sobre su casa y su familia. Es más, la instancia narrativa lo califica con “la montaracidad dentro del alma” (1993^a: 317), con el fin de subrayar el dominio de lo natural y de lo instintivo en sus actuaciones y comportamientos. La ley es aquí la del amo, por lo cual impera el silencio y la obediencia absolutas al *pater familias*; los hijos y esposa están a su servicio y explotan la tierra,

mientras que Jesús se dedica a cazar y a “montear” (1993^a: 317). Por supuesto que el papel más esclavizante lo desempeña Clara Rosa Otálora, quien desde el fogón doméstico debe guardar el hogar y la crianza de los niños; la función subalterna de Clara se asocia con esta condena/sujeción que la cultura ha impuesto a la mujer, pues, como asegura Lucía Guerra, “la territorialización de la actividad femenina, circunscrita a la casa, pone de manifiesto una determinación en la cual el hacer doméstico se postula como trabajo arduo [...] carente de todo valor sagrado o trascendental” (1994: 15). La oposición entre lo exterior (la naturaleza)/ lo interior (la casa), como espacios dicotómicos del hacer masculino y femenino respectivamente, desembocan en *Ése que llaman pueblo*, en la negación de la mujer y la crisis en ciernes de la estructura familiar en la novela. Ante la vida cuasi-salvaje, alejada de la civilización que representaba su natal Heredia, Clara Rosa toma conciencia de que el aislamiento personal y la enfermedad de la malaria pueden acabar con su vida y la sus hijos; focalizando sus pensamientos, la instancia narrativa nos reproduce en discurso indirecto lo que pasa por su fuero interior:

En el centro de su corazón, Clara Rosa Otálora se sentía oprimida. Ella no era más que la cocinera; no era sino una herramienta. Su hombre, duro para sus propios hijos, era suave con Jeremías Leiva, suave con los extraños. [...] Pero Clara Rosa se encorvaba sobre el fuego o sobre el surco, y no decía una palabra. Para ella no estaba el pensar, ni el decidir; tan sólo el mover sus manos trabajadas y olvidar el corazón que se debatía [...] en su silencio resignado. (1993^a: 320)

Por primera vez la mujer osa hablar y expresa su punto de vista ante el marido que sólo reacciona dándole una gran paliza con un “fuate” (1993^a: 320); la violencia doméstica domina esta escena marcada por la figura paternal y, al final, todo continúa de la misma manera. Sin embargo, dos sucesos inesperados terminarán con esta etapa de la vida de Jesús Miranda en la selva; por un lado, la muerte de su amigo y mentor, quien se ahoga por una cabeza de río y su corriente inesperada (321); por otro, el desahucio que recibe pues alguien reclamaba las tierras sobre las que había construido el rancho. A pesar de ser el mejor

adaptado a la naturaleza, de tener una fuerza brutal, inexplicablemente Jesús Miranda no decide pelear judicialmente, a pesar de que como él se justifica, “[t]enía una escopeta, balas, pólvora, y el corazón atrevido y filoso” (322). No actúa con el instinto natural de preservar y defender lo suyo, y regresa al Valle Central.

Por lo tanto, ¿de qué ha servido la adaptación al medio? El relato de Jesús Miranda permite amplificar la visión de mundo sobre la que se sustentan las relaciones entre la estructura familiar y la conciencia del espacio inhóspito en *Ése que llaman pueblo*. Si como pensamos, la carencia de una estructura familiar sólida y unida es la irradiación de un espacio que el ser humano no puede asumir en términos ni de propiedad ni de pertenencia, la continuación de la historia de Miranda complementa nuestro aserto, pues una vez establecidos en Heredia, Miranda hace su rancho, se queda trabajando como peón en una finca de café (1993^a: 323) para luego marcharse a los bananales del Atlántico (1993^a: 326), sin que quede claro las verdaderas razones por las cuales deja a su familia. Lo cierto es que el ciclo de violencia doméstica, la ausencia del progenitor, pesan sobre un ambiente de desintegración. Por lo tanto, la comprensión de este desfase nos conduce a unas consideraciones sobre la estructura de la parentela, en esa relación entre el tipo de familia y la apropiación de la tierra.

Desde este punto de vista, llama la atención de que en ninguno de los casos que hemos estudiado en *Ése que llaman pueblo*, se hable directamente de que las parejas se hallen formado a partir de la alianza más reconocida e institucional como lo puede ser, dentro de la realidad histórica de la novela, el matrimonio por lo religioso. Podríamos suponerlo pero no hay pistas en el sentido barthesiano que nos conduzca a esta conclusión. Como indica Christian Ghasariann, “lorsque la relation biologique de sexualité ne s'inscrit pas dans le cadre d'une alliance reconnue socialement, les relations des descendance et de fraternité sont 'faussées’” (1996: 113). Es más, hijos ilegítimos dan lugar a derechos jurídicos reducidos o mínimos y, en la óptica del derecho social, no producen núcleos familiares estables. Priva en Fabián Dobles (me aventuro que en otros

escritores del periodo también), el dominio del orden natural en la conformación de las estructuras familiares; pero ello conduce a una serie de inestabilidades que se radiografían muy bien en *Ése que llaman pueblo*, a saber,

- a) el fracaso de la supuesta relación de pareja o su ausencia, cuando la “mujer” huye o muere;
- b) la desintegración de los núcleos familiares a causa de la separación en busca de trabajo a zonas inhóspitas por motivos económicos o familiares; y
- c) las rencillas o luchas intestinas en el seno de la estructuras familiares, cuando no se construyen sobre mutuo entendimiento sino a través de la violencia machista.

A la luz de lo anterior, desde el punto de vista antropológico:

- a) El matrimonio socialmente reconocido crea relaciones de alianza recíproca entre los cónyuges y todos los miembros se deben asistencia y solidaridad (Ghasarian 1996: 115); pero en la novela de Fabián Dobles, estos deberes se debilitan hasta el punto de que las mujeres abandonan sus núcleos familiares por no soportar más su condición subalterna, mientras que los hombres lo hacen en una especie de trashumancia humana en búsqueda del sustento diario. Sin embargo no hay explicaciones ideológicas que expliquen tal fenómeno desde el punto de vista de relaciones antagónicas entre el peón/ propietario, como generalmente la crítica ha planteado en la Generación del 40.
- b) En las sociedades agrícolas, el matrimonio se define por su relación con la explotación familiar de la tierra (Ghasarian 1996: 175), en la que la propiedad se refleja en el acceso al patrimonio (parcela o explotación) y a la identidad grupal (la familia). Cuando no existe un lugar de residencia, el mundo agrícola entra en crisis porque no hay lazos afectivos ni jurídicos que lo cohesionen ni tampoco una imagen positiva y fuerte de

la familia. Cuando falta la residencia, se pone en peligro las estructuras familiares con una inestabilidad socio-económica que proporciona al mundo ideológico de la novela de Fabián Dobles, la fuerza de un infierno que agota al individuo y la imagen de una lucha constante contra el medio social y biológico.

El espacio, agreste e inhóspito, se alía a una concepción de la fatiga existencial del ser humano en el inicio también de *El sitio de las abras*,⁴ con el fin de subrayar las transformaciones que producen la explotación humana del territorio. Se trata de ponderar la oposición entre lo natural, que se escapa a la actividad humana, frente a la riqueza y a la abundancia que produce el esfuerzo y las fatigas:

Hace más de tres veintenas de años la región que hoy se nos aparece como un enorme mosaico verde poblado de haciendas y cruzado de carreteras era guarida de jaguares en montaña casi virgen. Los valles donde en nuestros días apacientan sus riquezas de café, caña de azúcar y pastizales los hacendados florecientes y viven peonadas de sangre pálida, a la sazón apenas si empezaban abrirse ante los pasos del hombre. (1993b:183)

En otras palabras, la dicotomía Civilización/ Barbarie resurge aquí para resemantizar la idea de la vigorosidad física del hombre y la abundancia de una tierra pródiga cuando se sabe trabajarla; su prototipo en *El sitio de las abras* son ñor Espíritu Santo Vega y sus dos hijos, “formados con músculo duro y dispuestos, como él, a hacerse un lugar sobre la tierra” (1993b; 184), cuando deciden en 1875 abrir abras en las “vegas del Reventazón” (1993b: 191). Al estilo del explorador/conquistador de las crónicas coloniales, el protagonismo y la heroicidad de los personajes son la imagen del colonizador que lucha con su ingenio y sus fuerzas; en palabras de ñor Espíritu Santo era necesario iniciar “su lid con la naturaleza” y “urgía aplastar selva para sembrar en buen tiempo el maíz del primer año” (1993b: 185). La ausencia inicial en este relato de los orígenes de la mujer se explica más adelante, cuando en forma retrospectiva nos enteraremos de que la esposa de ñor Espíritu Santo, Dolores Sánchez de Vega (la

única a la que se le da el tratamiento de “esposa”. por cierto) se ha quedado en Heredia para cuidar de la “familia menuda” (1993b: 193), de manera que son razones de oportunidad y las incomodidades de la montaña las que obligan a la momentánea separación familiar. Y digo momentánea porque, a diferencia de lo que sucede en *Ése que llaman pueblo*, la familia de ñor Espíritu Santo se reencuentra una vez que han abierto las abras y han construido una vivienda para la familia (1993b; 196). Es más, me llama la atención que, en *El sitio de las abras*, el papel de la esposa (y no la mujer) y su relevancia social se marquen en el apellido de casada que el texto acota, “Dolores Sánchez de Vega” (192). Su papel cohesionador del núcleo familiar y la manera cómo maneja los entresijos de su familia son incontestables; cosa que no sucede con ninguna de las figuras femeninas en *Ése que llaman pueblo*.

La emigración y la búsqueda de nuevas oportunidades en la novela se explican en ese proceso socio-económico de saturación del Valle Central, el cual hace que campesinos se vean forzados a establecerse en la periferia nacional, las zonas bananeras o las amplias llanuras o montañas aún sin explotar; son los llamados “pioneros” (1993b: 193). Recordemos que la necesidad de separarse de su grupo familiar obedece a razones socio-económicas del medio y es lo que le sucede a ñor Espíritu Santo cuando la distribución del patrimonio familiar es insuficiente y la propiedad paternal se desintegra por acción de intereses propios: “Hijo y nieto de propietarios de tierra, había venido a menos por obra y gracia de ser muchos hermanos y haberse peleado mutuamente la herencia paterna” (1993b: 188). A la luz de tales contracciones que produce el patrimonio socio-económico, los dos cónyuges deciden emigrar y forjarse su sueño de “finca” y de un lugar para criar a los hijos libre de los intereses mezquinos y los íntrigulis políticos del Valle Central.

En este inicio de *El sitio de las abras* se nos presenta el cronotopo idílico de una naturaleza que se deja doblegar con el sudor y las fatigas del hombre, en el que “[l]a vida se desarrolla en un 'microuniverso espacial' limitado y autosuficiente” (Dorca 2004: 13). El trabajo y la vida cotidiana tienden a acoplarse en el seno de una

convivencia sencilla y feliz, gracias a una tierra pródiga que el hombre explota para su beneficio personal: “Los medios de producción agrícola –los campos, los bosques, los cultivos, los animales– son atractivos para el observador y, en muchos sentidos, durante las estaciones benignas, para los hombres que trabajen en ellos o en contacto con ellos” (Williams 2001: 75). Las condiciones de trabajo del abrero, duro y extremo por cierto, no tropiezan con una naturaleza enemiga ni amedrentan a la familia de ñor Espíritu Santo; la instancia narrativa focaliza esta disposición de trabajo colectivo en una imagen de gran poder connotativo:

Hombres y bueyes proseguían realizando su obra; día tras día las abras se venían arrastrando de zarpazo en zarpazo y de sudor en sudor hasta lugares que antes parecían inaccesibles, y el tintineo de los pájaros carpinteros se escuchaba sin cesar, cada vez más brioso y altanero. (1993b: 199)

Al unísono animales y seres humanos trabajan en pro del sueño dorado; el dominio y el control de la naturaleza se identifica con esa tala de árboles para dejar el terreno apto al cultivo. En la cita, el trabajo humano se mimetiza con el de los pájaros carpinteros, para ofrecernos esa idea de acoplamiento perfecto del hachero y del pájaro carpintero. Por eso, el idilio del hombre y de la naturaleza hacen que sea paralelo el proceso de adaptación de la familia a su nueva tierra con el agrandamiento de la explotación agrícola. Nos alejamos entonces de una naturaleza inhóspita e insalubre para el ser humano y, por lo tanto, nos ubicamos en un espacio fértil y próspero para los designios humanos:

Todo continuaba ensanchándose. Las manzanas de terreno abierto se unían a las manzanas, parían las vacas y las gallinas sacaban sus polladas. Se araba y se sembraba. Las chozas de un principio ya se podían llamar propiamente casas. Y se veían junto a ellas las trojas ventrudas repletas de mazorcas de maíz o sacos de frijoles. Mas, como la comarca ofrecía mayores facilidades para la ganadería por sus pastos siempre verdes y la tierra húmeda, iba girando hacia la cría de ganado. (1993b: 202)

Y esta convivencia propia del idilio bucólico de la vida campesina armoniosa es trasunto

en *El sitio de las abras*, de una estructura familiar integrada bajo la figura del pater familias, el patriarca ñor Espíritu Santo, en la que la esposa desempeña el papel de compañera protagónica del marido dentro de un funcionamiento complementario de los cónyuges dentro la organización social. Pero la novela desarrolla la crisis de la familia ligada a un peligro exterior, cuando la codicia de Ambrosio Castro lo conduzca a extender los límites de su hacienda en detrimento de las propiedades de sus vecinos como ñor Espíritu Santo. En este mundo ideológico maniqueo, el elemento desestabilizador del campo vendrá de la ciudad, en un personaje en el que “cupiese tamaña habilidad para el cálculo frío y la rapiña” (1993b: 212), ya que pone en entredicho el equilibrio y la paz de una “calmosa bonanza de entonces” (1993b: 213). La crisis socio-económica se apoderará de la arcadia patriarcal de *El sitio de las abras* con la amenaza que, sobre el territorio y la extensión de las fronteras, hará Ambrosio Castro:

Aquellos labriegos acostumbrados al trabajo tenaz bajo la lluvia y contra los árboles, estaban absolutamente desorientados ante la embestida de un solo hombre. Nadie, por loco que estuviese, haría lo que Castro sin esconder por lo bajo un proyecto de despojo. Abrir terreno en una faja demasiado angosta y larga subiendo cerros y bajando faldas, sería descabellado si no se pensara que esa extraña franja pudiera más adelante llegar a ser parte de su hacienda, dentro de cuyo vientre cayeran también las abras, todo en redondo. (1993b: 216-7)

La movilidad y el ensanchamiento de las fronteras desembocan, en *El sitio de las abras*, en una presión sobre el espacio que el texto problematiza en términos del más fuerte y del más apto para sobrevivir; es decir, en términos de relaciones de territorialidad, para las cuales la dominación de los más aptos asegura la dominación del espacio. Se trata de una selección natural, en la medida en que los menos aptos tienen restringidas sus oportunidades de apropiarse de un territorio (Hall 1971: 23). La lucha, o la “pugna” (1993b: 218) por la tierra, producirá perturbaciones relativas al mundo ideológica de la novela; el conflicto tomará la forma de una vorágine por talar y asegurar las fronteras; las imágenes del oso hormiguero, del castor y de

las abejas subrayan el movimiento colectivo y el paroxismo de toda una comunidad en contra del enemigo común:

Lo que comenzaron a hacer ya no podía llamarse trabajar. [...] Era el milagroso hormiguero que destroza las ramas de los árboles, el castor que construye represas en los ríos, el poder de la abeja que fabrica su colmena con cera prodigiosa extraída como de la nada. (1993b: 221-22)

Para terminar luego en las nociones del sitio (1993b: 224) del espacio y de “una guerra sin cuartel” (1993b: 225), abierta entre los campesinos y el hacendado; “se identifica todo el proceso de transformación de la propiedad de la tierra con el advenimiento de este tipo de ‘intrusos’ [...] [e]n el largo proceso de conquista, hurto, intriga política o cortesana, extorsión y poder del dinero” (Williams 2001: 79). Pero el texto reproduce este proceso como una lucha sin cuartel con unos intrusos dispuestos a la depredación sin cuartel y la ambición del nuevo capital (Williams 2001: 80). De esta manera, el orden patriarcal llega a su fin con la estabilidad del campesino propietario de sus tierras (la pequeña propiedad) frente a la lógica del latifundio que representa en la novela la hacienda de Ambrosio Castro; el balance crítico ofrecido pondera más bien esa lógica mercantilista con la que Castro ha sabido amasar fortuna y proyectarse hacia el futuro: “No, el sitio no había sido en verdad levantado. Cientos eran las hectáreas de repastos con las que durante el tiempo transcurrido don Ambrosio había ensanchado sus propiedades” (1993b: 273). El capital y el ingenio de Castro lo heredera su hijo Laureano para triunfar con sus artimañas legales sobre los campesinos: irrespeto a las leyes, juicios de desahucio, robos y riñas se suceden. Como tiene cercadas sus propiedades, la estrategia de Laureano Castro es ahogar a los pequeños propietarios para “impedi[r] por la fuerza que ellos pretendieran sacar su ganado y su madera” (1993b: 277); la asfixia económica será concomitante al éxodo y a la desintegración de la familia.

El proceso de crisis se instala en *El sitio de las abras* con la amenaza inminente que representa la hacienda de Laureano Castro, que la novela expone como un proceso de gacocitación,

una hacienda se come a otras propiedades. En el caso del viejo ñor Espíritu Santo, la estocada final por parte de Castro será privarlo del agua necesaria al funcionamiento del aserradero. La imagen utilizada por Dobles es de una gran maestría, al enfatizar ese mimetismo con el se identifica a ñor Espíritu Santo a la naturaleza; lo compara con un viejo roble que caerá sobre el “hacha próxima” (1993b: 279), lo cual resulta también una paradoja, por ser el instrumento sobre el cual se fundamenta todo el trabajo de las abras y ahora se aplique para explicar su eliminación a manos de Castro.

Ahora bien, desde el punto de vista de la familia, la asfixia económica es el desencadenante para que las estructuras familiares se desintegren; el mayor problema lo representa la emigración “para trabajar como se pudiera” (1993b: 280), cuando las fuentes de ingresos merman o las actividades agrícolas se reducen a una agricultura/ganadería de subsistencia. Son varias las imágenes que *El sitio de las abras* selecciona con el fin de explicitar la pérdida de propiedades y las separaciones familiares ulteriores; expresiones como “la desbandada se inició” (1993b: 277) o “[e]l hormiguero se desperdigaba” (1993b: 280) no son eufemismos; traducen la realidad de la crisis en términos de una mentalidad campesina que no logra visualizar el problema en toda su dimensión socio-económica o política, como sí se hará en la parte final de la novela, con el regreso del biznieto de ñor Espíritu Santo, Martín Vega Ledezma (el conflicto de clases, la conciencia del peón, las injusticias causadas por la desposesión de la tierra en manos de los ricos hacendados).

Pero volvamos a mi interés inicial, la relación entre el espacio inhóspito y la estructura familiar. En *El sitio de las abras* los peligros en contra de familia sobrevienen cuando el espacio ya no les puede proporcionar ni el sustento ni el cobijo seguro, de manera que deben emigrar porque no pueden ser ya pequeños propietarios. En el proyecto ideológico de Fabián Dobles, el mundo patriarcal de ñor Espíritu Santo, en los inicios de *El sitio de las abras*, constituye la referencia socio-histórica que explicaría, después, la aparición de esas estructuras familiares dislocadas

o desintegradas a causa de la emigración y de las necesidades económicas en *Ése que llaman pueblo*. La narrativa temprana de Fabián Dobles se dirige, precisamente, a mostrarnos cómo la pérdida de la arcadía campesina desestabiliza las estructuras familiares, cuyo castigo será una lucha por la subsistencia en una tierra indómita y poco acogedora dentro de una concepción de la vida y del trabajo que plantea su sentido de agónico.

Notas

- 1 Oigamos sus palabras: ¡Un año y pico de jodeme como un arao, entre tanta gente que uno ni conocía, con aquel calor de los diablos, arriesgando llevame una puñalada de algún desalmao! Qué va, viejo, sólo el que va allá puede darse cuenta de cómo es [...]. No volvería ni amarrao. Se necesita haber estao muy enamora pa aguantase tanto tiempo aquello. Y, ya ve. Todo pa nada; pa que esa condenada me hiciera lo que me hizo. (1993^a: 291).
- 2 Es lo que desata la famosa polémica sobre la inferioridad de los indios americanos, ahora demostrado a partir de un discurso cientificista, véase mi artículo en donde precisamente analizo textos latinoamericanos que refutan a los dos naturalistas europeos (Chen 2004: 69).
- 3 Es lo que desencadena el inicio de La vorágine, cuando los líos amorosos conducen a Arturo Cova a la decisión de la huida: “Luego, cuando la arrojaron del seno de su familia y el juez le declaró a mi abogado que me hundiría en la cárcel, le dije una noche, en su escondite, resueltamente: ¿Cómo podría desampararte? ¡Huyamos! Toma mi suerte, pero dame el amor. ¡Y huimos! (2003: 80).
- 4 Ha molido el tiempo tanta harina de hombres y de días, que los que hoy viven allí y los que llegamos de paso, alguna vez, lo ignoramos casi todo” (1993b: 183).

Obras citadas

- Amoretti, María. 1987. *Debajo del canto: Un análisis del Himno Nacional de Costa Rica*. San José: Editorial de la UCR.
- Barjau, Luis. 1980. “La teoría de la familia”. *Revista de la Universidad de México* 34.11: 8-15.
- Capel, Horacio. 1995. “Filosofía y ciencia en los estudios sobre el territorio en España durante el siglo XVIII”. *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII* 5: 59-100.
- Chen Sham, Jorge. 2003. “De industria y virtud en textos fundacionales hispanoamericanos: resemantización del ideal del trabajo ilustrado”. *Campomanes: Doscientos años después*. Dolores Mateos Dorado (Ed.). Oviedo: Publicaciones de la Universidad: 66-75.
- De León Hazera. 1971. Lydia. *La novela de la selva hispanoamericana: Nacimiento, desarrollo y transformación, Estudio estilístico*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
- Dobles, Fabián. 1993a. “*Ése que llaman pueblo*”. *Obras Completas*. Volumen I. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica/ Editorial de la Universidad Nacional: 267-454.
- . 1993b. “*El sitio de las abras*”. *Obras Completas*. Volumen II. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica/ Editorial de la Universidad Nacional: 165-360.
- Dorca, Toni. 2004. *Volverás a la región: El cronotopo idílico en la novela española del siglo XIX*. Madrid/ Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- Egido, Aurora. 2004. “Los trabajos en *El Persiles*”. *Peregrinamente Peregrinos: Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian, 1-5 septiembre 2003*. Alicia Villar Lecumberri (Ed.). Tomo I. Madrid: Asociación de Cervantistas: 17-66.

Ghasarian, Christian. 1996. *Introduction à l'étude de la parenté*. París: Éditions du Seuil.

Hall, Edward T. 1971. *La dimension cachée*. París: Édition du Seuil.

Guerra, Lucía. 1994. *La mujer fragmentada: Historias de un signo*. La Habana: Ediciones Casa de las Américas/ Colcultura.

Williams, Raymond. 2001. *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Editorial Paidós SAICF.

